

LOS FUEGOS SE APAGAN EN INVIERNO

JUAN CARLOS MORENO PIÑERO

DIRECTOR DE LA FUNDACIÓN ACADEMIA EUROPEA E IBEROAMERICANA DE YUSTE

El verano es tiempo propicio para el fuego, tanto para el amigo que ilumina la noche de San Juan como para el enemigo que descontrolado devasta cuanto alcanza, transformando los espacios de vida que son los bosques en gigantescas extensiones de muerte y desolación. No hay verano sin que las llamas hostiles nos causen numerosos daños, y es en ese momento trágico cuando nos fijamos en su efecto devastador sin reparar en que, en gran medida, las consecuencias fatales son el resultado de una conducta humana criminal o de la falta de previsión porque, no hay duda, los fuegos deben apagarse en invierno, en el que precede al verano, limpiando la maleza, roturando cortafuegos y previniendo los posibles focos de insurgencia.

La expresión “los incendios se apagan en invierno” también es aplicable a otras muchas situaciones de la vida, incluidas las relaciones internacionales. Hago este comentario a raíz de lo mucho que sobre la actual realidad mundial se ha hablado en Campus Yuste durante este pasado verano. Entre otros testimonios altamente enriquecedores, quiero destacar dos voces audibles, dos voces autorizadas y respetadas que se dieron cita en el Monasterio de Yuste para ofrecernos su visión sobre las relaciones euro-latinoamericanas desde la orilla occidental del Atlántico: Sergio Ramírez, escritor, político comprometido, hombre de bien, y Óscar Arias, político de una estirpe añorada, Premio Nobel de la Paz en 1987.

Sergio Ramírez vino a Yuste para hablarnos de José Saramago con motivo del centenario de su nacimiento. Sus palabras fueron, primero, dirigidas al recuerdo del amigo para hablar después de su país, de Nicaragua, tan dolorosamente sufriendo en la

actualidad. Sergio Ramírez, recordemos, fue una de esas personas arrojadas que en primera fila combatieron la dictadura de Somoza en una época en la que los países latinoamericanos hacían pandilla dominados por crueles dictaduras: Marcos Pérez Jiménez en Venezuela, Gustavo Rojas Pinilla en Colombia, Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana —tan magistralmente contado por Vargas Llosa en *La fiesta del chivo*—, la dinastía de los Somoza en Nicaragua, Pinochet en Chile y Videla en Argentina, entre otros. Ramírez combatió la dictadura somocista con grave riesgo de su propia vida tal como cuenta en su libro autobiográfico *Adiós muchachos*. Formó parte de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional creada tras el triunfo de la Revolución Sandinista junto con Daniel Ortega y varios más. Años después, y especialmente tras las protestas de abril de 2018, el compañero de revolución, Daniel Ortega, pasó de libertador sandinista a tirano implacable, instaurando junto con su esposa, Rosario Murillo, una nueva dictadura tan cruel como pudo ser la somocista, el llamado “Régimen ORMU”. El matrimonio Ortega-Murillo ha llenado el país de presos políticos —exhibidos pública e indecorosamente como si de trofeos de caza se tratara, entre ellos cuatro de los aspirantes a candidatos presidenciales por la oposición que pretendían retar a Ortega en las elecciones de noviembre pasado—, de presos sin cargos conocidos y de presos sin juicio previo bajo el yugo de una cruel represión policial y de la acción incontrolada de grupos paramilitares, presos hacinados y malnutridos en el centro de torturas que es la cárcel El Chipote, atacando duramente a diestro y siniestro a todo aquel que se mueva u ose hablar, incluso a una institución tan tradicionalmente respetada en el país centroamericano como es la Iglesia Católica. La quema de iglesias y la salvaje destrucción de las imágenes del culto católico avanza en una línea de exterminio de las bases sociales y antropológicas de Nicaragua que recuerda la quema de libros judíos, socialistas y pacifistas, y de bibliotecas enteras por los partidarios del régimen nacional socialista alemán en 1933, como han expresado veintiséis expresidentes latinoamericanos en una reciente carta conjunta dirigida al

Vaticano. Ortega y Murillo no tienen ideología, solo son unos dictadores que aspiran a mantenerse en el poder esquilmando, aterrorizando y aniquilando al pueblo nicaragüense, cercenando toda libertad de expresión y de prensa, como sucedió durante el régimen de Somoza al que Ortega combatió y del que tan poca distancia hoy le separa, los mismos perros solo que con distinto collar. Con dolor nos describió la situación Sergio Ramírez, y con el recuerdo aún vivo y emocionado de sus palabras las traslado como acto responsable de la Fundación Yuste en su afán de promover la democracia y el respeto a los derechos humanos.

Y riquísimo fue también el testimonio de Óscar Arias. Cuando en los años ochenta del pasado siglo Centroamérica se desangraba en guerras entre hermanos, Óscar Arias, presidente de Costa Rica, convocó al resto de presidentes de la cintura de América para desatascar la iniciativa del Grupo de Contadora y trabajar arduamente hasta conseguir, el 7 de agosto de 1987, que se firmara el “Acuerdo de Paz de Esquipulas” que ha pasado a la historia, merecidamente, con el apellido de su impulsor, el “Plan Arias para la paz”. Un tiempo de alta política y de grandes políticos en el que Centroamérica fue un caldero en el que se fundieron todas las esperanzas largamente gestadas; unos años en los que políticos como Óscar Arias y Sergio Ramírez reivindicaron para la especie humana toda la dignidad pisoteada, toda la paz adulterada y toda la inocencia perdida durante siglos.

El presidente Arias mantiene la fe en el futuro a pesar de que ninguna región del mundo se aferra más al pasado que América Latina, la región del “mejor viejo conocido que nuevo por conocer” en la que el “viejo conocido” es que una tercera parte de la población viva en la pobreza; el “viejo conocido” es que un tercio de los estudiantes no llegue nunca al colegio; el “viejo conocido” es que en algunos lugares haya más puestos de trabajo en las pandillas y en las redes narcoterroristas que en las empresas y los

comercios, pese a lo cual los latinoamericanos le tienen pavor al cambio. En ese proceso de transformación, Óscar Arias ve como aliada a la Unión Europea, que pese a sus defectos resulta “un ejemplo conmovedor de la capacidad de los pueblos de superar sus recelos y armonizar la defensa de su soberanía con la persecución de objetivos comunes bajo un mismo entramado legal y de gobernanza pública”. Europa y América Latina, afirmó, pueden ser voces a favor de la paz y el diálogo, a favor del pluralismo y la democracia, a favor del desarrollo sostenible y la inclusión social, a favor de una mayor cooperación entre las naciones ricas y las más pobres, una alianza que insista en la diplomacia, en la canalización política de los conflictos y en la búsqueda de equilibrios que acomoden nuevos balances de poder sin revertir necesariamente en las armas. Por ello sigue siendo actualmente un defensor a ultranza de la paz, abogando por la solución dialogada de los conflictos y proponiendo una mesa de negociación con la participación de Ucrania y Rusia, así como de la Unión Europea, el Reino Unido y Estados Unidos para buscar una salida al conflicto. “No hay nada más urgente que sentarse a ver si es posible alcanzar un cese de fuego y ponerle fin a esta carnicería que se está dando con los bombardeos y el avance de los tanques en las ciudades ucranianas” —ha declarado—.

Ojalá el sueño de la paz y del respeto a los derechos humanos deje de ser un sueño, un día en el que todas las necesidades básicas de las personas estén cubiertas y que incluso, como sugirió Gabriel García Márquez, nos sobre dinero para perfumar de sándalo, una tarde de otoño, las cataratas del Niágara.